

PEDRO LEMEBEL: *Trapecio de una escritura*

Gilda Luongo

Escritora, investigadora, crítica feminista
gildaluongo@gmail.com

Pedro no tenía que hablar clarito, ni escribir con tantos recovecos, ni usar remolinos inútiles al modo del buen gusto¹. Tampoco debía escribir para la globa o para la homologación de las lenguas genuflectas ante el inglés. No, nunca escribiría arrodillado ante el inglés. Tampoco novelas ni novelones con sus silencios simbólicos. Podría negarse a la lengua, pero no podría escapar de sus sinuosidades, a las que asaltaría como le diera su gusto y gana. Sin límites. Un lugar sin límites es la escritura de Pedro Lemebel. Así nos entrega a raudales sus rabias, iras, violencias, tristezas, injusticias, unas cuantas dulzuras, las que en un giro abrupto pueden desatarnos las carcajadas más irreverentes. En ese tono eligió un nombre porque no se llamaría a la manera literaria común en chileno, más bien escupiría su bautismo echando mano a su alfabeto en forma de estilete en ristre, heredando a la madre que a su vez había heredado a la madre. Llegó sin quererlo a este espacio de la literatura. Su desvío lo robó del canto, pero ese trapecio que anhelaba, –pájara deseante para trinarle al ocaso–, le ofreció este otro territorio inventado y lo llenó de una jungla de ruidos abundantes, feraces: memorias, diferencia sexual, pobrezas entrañables, infancias alteradas, diferencia de clase, territorios inalcanzables, sexualidades abyectas, cuerpos heridos y deseantes, burlas y burlerías, sarcasmos, enjuiciamientos y funas, cariños malos, el tajo histórico que devendría cicatriz; amores y amoríos, músicas de diverso pelaje, rostros y personajes entrañables,

–otros deleznales–, animales gentiles en su acunar sexual. Aprendió por hambre a ganarse el pan con las letras en llamas, aunque un manto pesado de tristeza comenzara a cubrirlo penosamente en esta labor. Para nuestro jolgorio, qué duda cabe, nos dejó un pentagrama con historias que se tambalean en su tragicómico ritmo. Ahora sólo necesitamos tocar *play* para seguir escuchando, leyendo, cantando, recitando, –suaves, chillonas o estridentes–, las crónicas manchadas con su estilo inigualable, con su pluma encabritada: seductora, erótica palabarrera que alterará para siempre este país y sus letras.



I. LA CIUDAD VIGILADA: SU SEXO DERRAMADO

Cita 1

“Cámaras de vigilancia para idealizar un bello parque al óleo, con niños de trenzas rubias al viento de los columpios. Focos y lentes camuflados en la flor del ojal edilicio, para controlar la demencia senil que babea escaños. Ancianos de mirada azulosa con perros poodles recortados por la misma mano que tijeretea los cipreses [...] (11)

Aun así, con todo este aparataje de vigilancia, más allá del atardecer bronceado por el smog de la urbe. Cuando cae la sombra lejos del radio fichado por los faroles. Apenas tocando la basta mojada de la espesura, se asoma la punta de un pie que agarrotado hincan las uñas en la tierra. Un pie que perdió su zapatilla en la horcajada del sexo apurado, por la paranoia del espacio público. Extremidades enlazadas de piernas en arco y labios de papel secante que susurran ‘no tan fuerte, duele, despacito, cuidado que viene gente’ [...] (11)

El ‘cuidado con los parques’ podía ser una sinopsis de gasa verde, un descorrer apresurado la cortina de su joven prepucio. Un lanzarlo a recorrer el maicillo como áspid en celo, haciéndose el leso, que prende un cigarro para que el hombre que lo siga le pida fuego y le pregunte ¿en qué andas? Y sin esperar respuesta lo empuje suavemente detrás de las matas. Y ahí en plena humedad, le encienda la selva rizada del pubis, chupándole con la lengua de lagarto sus cojones de menta. Elevando ese fuego hasta la cumbre de su pecíolo selenita. Y mientras la cinta de autos y micros corre por la costanera, el chico se entrega al marasmo de sus quince años de papel que naufragan como barcos en la sábana empapada del césped. Y no importa que el crujido de las ramas le diga que alguien lo está mirando, porque él sabe cómo cuesta ver una película porno en este país; él también ha mirado y conoce el mecanismo de apartar las ramas para involucrarse en la trinidad incestuosa de los parques.” (12)

La esquina es mi corazón, “Anacondas en el parque” 11-14.

Cita 2

“Masturbaciones colectivas reciclan en maniobras desesperadas los juegos de infancia; el tobogán, el columpio, el balancín, la escondida apenumbada en cofradías de hombres, que con el timón enhiesto, se aglutinan por la sumatoria de sus cartílagos. Así pene a mano, mano a mano y pene ajeno, forman una rueda que colectiviza el gesto negado en un carrusel de manoseos, en un ‘corre que te pilló’ de toqueteo y agarrón. Una danza tribal donde cada quien engancha su carro en el expreso de la medianoche, enrielando la cuncuna que toma su forma en el penetrar y ser penetrado bajo el follaje turbio de los acacios. Un rito ancestral en ronda lechosa espejea la luna llena, la rebota en centrífugas voyeurs más tímidas, que palpitan en la taquicardia de la manopla entre los yuyos. Noche de ronda que ronda lunática y se corta como un collar lácteo al silbato policíaco. Al lampareo púrpura de la sirena que fragmenta nalgas y escrotos, sangrando la fiesta con su parpadeo estroboscópico. [...]”(13)

Aún así, los parques de Santiago siguen fermentando como zonas de esparcimiento planificadas por la poda del deseo ciudadano. Los parques son lugares donde se hace cada vez más difícil deslizar un manoseo, como acoplamiento de los sujetos, que sujetos a la mirada del ojo público, buscan el lamido de la oscuridad para regenerar el contacto humano.”(14)

La esquina es mi corazón, “Anacondas en el parque”, 11-14.

Cita 3

“Acaso radiografía obscena del álbum familiar, o complicidad de pasiones y vertedero imprescindible de la urbe. O todo eso como flujos que permean el libre cauce metropolitano. Quizás a toda luz los deseos se compriman, y en este terciopelo enguantado, aflore el revés de todo rostro puritano que se cruza con otro en el vaivén del paseo público. Un otro que chispea solo en la oscuridad cuando las babas de saliva desflecan la pantalla, cuando las hebras plateadas asfixian a Bruce Lee en un pantano lechoso bajo los asientos. Quizás las butacas de este cine estén numeradas con el nombre de cada gozador en el respaldo, como estrellas de películas, como los asientos del Congreso, como parlamento de sobajeos y atraques donde, la

política del cuerpo expulsa su legislación a todo cinerama. Quizás la función en las butacas, sea el espejo de la superproducción empañado por el urgimiento y la paranoia. Lo que no se dice y nadie sabe, porque al final de cuentas el sexo en estas sociedades pequeño burguesas solo se ejercita tras la persiana de la convención.” (25)

La esquina es mi corazón, “Baba de caracol en terciopelo negro”. 23-25.

Cita 4

“Así el ojo coliza recorre el muro, en cada dibujo apurado recorta apuntes y croquis fálicos como rosas de un papel mural sepiadas por las huellas del orín. Flores de yodo rebanan el iris de la loca, alfabetizan su deseo en los signos desvaídos por la soledad del baño público. Una crónica voyeur que recoge su silabario aguaitando a través del agujero el baño continuo. Mirando el chorro dorado de un hinchita que expulsa la cerveza. Un pendex que también ha visto el lente de la loca congelado en su miembro. Ese ojo rubí que horada el muro con desesperación. Entonces a una señal la loca cambia de equipo, se mete en la caseta vecina donde el chico la espera agitando tarjeta roja entre las manos. Después la puerta cerrada es sorda a la bullanguera farra que persigue la pelota. Afuera el estadio estalla cuando un centro-forward zigzaguea la bola por la entropierna, apenas la roza, la puntea, la baila en la pelvis, al pecho, la goza cabeceando y zoom mete cuerpo y balón en el hoyo del arco.” (29)

La esquina es mi corazón, “Cómo no te voy a querer” (o micropolítica de las barras), 27-30)

Cita 5

“Entonces, hoy nos encontramos con un excedente de sexualidad a la deriva, flotante, insatisfecho y abúlico, que se pajea mirando las portadas de las revistas, los avisos en el metro, el cierre éclair a medio camino, los botones desojados por una mano ansiosa, los bellos púbicos pintados en la cera de un maniquí, los porno piratas que se mueven bajo el mostrador de la tienda de videos. En fin hay una manga de sujetos caldeados que buscan el motivo cercano para copular fuera de la vitrina pública. Quizás, en el terciopelo oscuro que amortigua los resoplidos bajo una escalera, en el eriazado pedre-

goso que araña la espalda, a lo perrito, a la paraguaya, detrás de un muro, lejos de la cama de dos plazas y su propaganda de coito feliz, que contempla todas las versiones del Kamasutra y sus stock de poses legalizadas por el oficio conyugal. Tal vez, más lejos, en algún arrabal de cortinas rojas que se salvó del terremoto. Y la demolición modernista lo dejó como estatua de sal, convertido en un monumento castigado mirando atrás las cenizas del placer. Quizás en las plazas espinudas de la periferia, donde aún los quejidos de los jóvenes resuellan en los ecos del personal estéreo. Es allí donde todavía sobreviven jirones de sexo en las espinillas del pendex que despegándose de la oscuridad, pide fuego para prender un pito y contesta algunas preguntas [...] (43-44)

La esquina es mi corazón, "Barbarella clip" (Esa orgía congelada de la modernidad), 43-48.

Cita 6

"La ciudad en fin de semana transforma sus calles en flujos que rebasan la libido, embriagando los cuerpos jóvenes con el deseo de turno; lo que sea, depende la hora, el money o el feroz aburrimiento que los hace invertir a veces la selva rizada de una dondella por el túnel mojado de la pasión ciudad-anal.

Quizás estas crispadas relaciones son el agravante que enluta las aceras donde yiran las locas en busca de un corazón imposible, vampireando la noche por callejones, bajo puentes y parques donde la oscuridad es una sábana negra que ahoga los suspiros. La loca es cómplice de la noche en su penumbra de sitio eriazado donde es fácil-vacuar la calentura, la fiebre suelta de un sábado cuando los chicos lateados de las poblaciones emigran al centro, en busca de una boca chupona que más encima les tire unos pesos.

La loca sabe el fin de estas aventuras, presente que el después deviene fatal, sobre todo esta noche cargada al reviente. Algo en el aire la previene, pero también la excita ese olor a ultraje que se mezcla con la música. Esas ganas de no sé qué. Ay, esa comezón de perra en leva, esa histeria anal que no le permite sentarse. Ay, ese fragor, ay ese cosquilleo hemorroide que enciende el alcohol como una brasa errante que la empuja afuera callejuela y fugitiva." (87)

La esquina es mi corazón, "Las amapolas también tienen espinas", 87-90.

II. TRAPECIO PROLETARIO

Cita 1

“Dedicado a los chicos del bloque, desaguando la borrachera en la misma escala donde sus padres beatlemaníacos me hicieron a lo perrito; inyectándome entonces el borde plateado de la orina que baja desnuda los peldaños hasta aposentarse en una estrella humeante. Yo me fumo esos vapores en un suspiro de amor por su exilio rebelde. Un brindis de yodo por su imaginario corroído por la droga. En fin, son tan jóvenes, expuestos y dispuestos a las acrobacias de su trapecio proletario.” [...] (15)

Cita 2

“De esta utilería divisoria que inventó la arquitectura popular como soporte precario de la intimidad, donde los resuellos conyugales y las flatulencias del cuerpo se permean de lo privado a lo público. Como una sola resonancia, como una campana que tañe neurótica los gritos de la madre, los pujos del abuelo, el llanto de los críos ensopados en mierda. Una bolsa cúbica que pulsa su hacinamiento ruidoso donde nadie puede estar solo, porque el habitante en tal desquicio, opta por hundirse en el caldo promiscuo del colectivo, anulándose para no sucumbir, estrechando sus deseos en las piezas minúsculas. Apenas un par de metros donde en que todo desplazamiento provoca fricciones, roces de convivencia. Donde cualquier movimiento brusco lija una chispa que estalla en trapos al sol, en plata que falta para izar la bandera del puchero. Y el new-kids vago todavía durmiendo hamacado en embriaguez por los muslos de Madonna, descolgándose apenas a los gritos que le taladran la cabeza, que le echan abajo la puerta con un “levántate mierda que son la doce”. Como si esa hora del día fuese un referente laboral de trabajo instantáneo, una medida de producción para esforzados que para entonces ya tienen medio día ganado, después de hacer footing, pasear al perro y teclear en la computadora la economía mezquina de sus vidas. Para después jactarse del lumbago, como condecoración al oficio de los riñones.” (16)

Cita 3

“Muchos cuerpos de estos benjamines poblacionales se van almacenando semana a semana en los nichos del cementerio. Y de la misma forma se repite más allá de la muerte la estantería cementaria del hábitat de la pobreza.

Pareciera que dicho urbanismo de cajoneras, fue planificado para acentuar por acumulación humana el desquicio de la vida, de por sí violenta, de los marginados en la repartición del espacio urbano.

Pareciera entonces que cada nacimiento en uno de estos bloques, cada pañal ambulante que presupone una nueva vida, estuviera manchado por un trágico devenir. Parecieran inútiles los detergentes y su alba propaganda feliz, inútil el refregado, inútiles los sueños profesionales o universitarios para estos pendex de última fila. Olvidados por los profesores en las corporaciones municipales, que demarcan una educación clasista, de acuerdo a la comuna y al estatus de sus habitantes. Herencia neoliberal o futuro despegue capitalista en la economía de esta ‘demos-gracia’. Un futuro inalcanzable para estos chicos, un chiste cruel de la candidatura, la traición de la patria libre. Salvándose de la bota para terminar charqueados en la misma carroña, en el mismo estropajo que los vio nacer.”[...] (18)

Cita 4

“Por cierto, carne de cañón en el tráfico de las grandes políticas. Oscurecidos para violar, robar, colgar si ya no se tiene nada que perder y cualquier día lo encontrarán con el costillar al aire. Por cierto, entendibles tácticas de vietnamización para sobrevivir en esta Edad Media. Otra forma de contención al atropello legal y a la burla política. Nublado futuro para estos chicos expuestos al crimen, como desecho sudamericano que no alcanzó a tener un pasar digno. Irremediablemente perdidos en el itinerario apocalíptico de los bloques... navegando calmos, por el deterioro de la utopía social.” (18)

La esquina es mi corazón, “La esquina es mi corazón” (o los New Kids del bloque), 15-18.

III. IDENTIDADES FEBLES/CONTROLES IMPOSIBLES

Cita 1

“La cueca es una danza que escenifica la conquista española del huaso amariconado en su trajecito flamenco. Un traje dos piezas, lleno de botones, que hace juego con las botas de flecos y taco mariposa. El huaso de latifundio que se apituca coqueto con la chaqueta a la cintura para mostrar el culito. Un quinchero que corretea a la china hasta el gallinero. Y la china es la empleada doméstica que dejó sus trenzas en la noche de Temuco. La china es la nana como le dicen los ricos a la niña de mano, para no decirle ‘Arréglate Juana Rosa, que te llegó la invitación’. Le dicen niña de servicio porque el dieciocho tendrá que atender a tanta visita y no la dejarán ponerse el carmín y juntarse con su prenda, para dar una vuelta por las ramadas del Parque. A lo más, una empanada rancia que va a masticar sola en su minúscula pieza, acariciando las flores chillonas de su polera de Lycra y el chaleco blanco y los zapatos con tacos que alargarán sus piernas rechonchas. Su candor morocho de dieciocho años, que este y todos los dieciochos patrios se pudrirán en la misma servidumbre.” (50)

Cita 2

“Una supuesta identidad borracha que trata de sujetarse del soporte frágil de los símbolos, que a estas alturas del siglo se importan desde Japón, como adornos de cumpleaños patrio que solo brillan fugazmente los días permitidos. Y una vez pasada la euforia, el mismo sol de septiembre empalidece su fulgor retornando al habitante al tránsito de suelas desclavadas, que un poco más tristes, hacen el camino de regreso a su rutina laboral.” (52)

La esquina es mi corazón, “Chile mar y cueca” (o “Arréglate Juana Rosa”), 49-52.

Cita 3

“Uno de los primeros censos de población en América los realizó la Iglesia Católica en plena Conquista. A medida que la masacre colonizadora arrasaba con los poblados indígenas, los jesuitas iban recogiendo para la Corona todo antecedente que pudiera armar un nativo americano ante la rectoría española. Un perfil descoyuntado

por la estadística, rasgos del Nuevo Mundo desmembrados por la voracidad foránea de agrupar en ordenamientos lógicos y estratificaciones de poder, el misterio precolombino.” (57)

Cita 4

“El súper censo como oso hormiguero mete su trompa en los pliegues mohosos de la pobreza, va describiendo con pluma oficial la precariedad de la vivienda. Que si los muros son de cemento o barro con paja. Que si baño o pozo séptico. Y si es baño, por qué el wáter se rebasa de cardenales como maceta greco-romana en el patio. Y si la casa venía con cocina, por qué la usan de velador y hacen fuego con leña. Y por qué habiendo tanta información las guaguas se multiplican como los perros. Y los perros y gatos en qué parte de la encuesta se contabilizan, porque niños y animales se confunden bajo la misma capa de alquitrán, bajo el mismo trapo sudoroso que cubre la miseria. La cortina que se cierra bajo el delantal de la madre tapando el paquete de marihuana, la movida del hijo menor que le va tan bien trabajando con un tío desconocido que la compra zapatillas Adidas y lo viene a dejar en auto. La otra parte del presupuesto familiar, el negativo del censo que no tiene casillero, que se enmascara de azulada inocencia para el ojo censor. Y hasta se derraman cataratas de llanto cuando hay que contar el tango a la visitadora. Hay que ponerse la peor

Ropa, conseguir tres guaguas lloronas y envolverse en un abanico de moscas rompe filas, para evitar los trámites del sufragio.” (59)

Cita 5

“Acaso herencia prehispánica que aflora en los bordes excedentes, como estrategias de contención frente al recolonizaje por la ficha. Acaso micropolíticas de sobrevivencia que trabajan con el subtexto de sus vidas, escamoteando los mecanismos del control ciudadano. Un desdoblaje que le sonrío a la cámara del censo y lo despide en la puersta de tablas con la parodia educada de la mueca, con un hasta luego de traición que se multiplica en ceros a la izquierda, como prelenguaje tribal que clausura hermético el sello de la obediencia.” (59-60)

La esquina es mi corazón, “Censo y conquista” (¿Y esa peluca rosada bajo la cama?), 57-60.

Cita 6

“La diosa no tiene ética, su itinerario lo demarca el vaivén del poder. Un billete dólar la puede transportar en la charretera de un uniforme castrense, como en el pañuelo que engalana el terno de un parlamentario, que se pega su aspirada en un rincón del Congreso, para resistir los fatigosos debates sobre la ley antidrogas.” [...] (63)

En fin, la visita de la dama blanca siempre deja un excedente de fatalidad, sobre todo en esta democracia, que es una tortilla del placer neoliberal que se cocina en los rescoldos minoritarios. Además, sólo nieva en el barrio alto y cuando caen unos copos en la periferia, matan pajaritos.” (65)

La esquina es mi corazón, “Noches de raso blanco” (A ese chico tan duro), 63-65.

IV. SIDA: ESE GEMIDO GOLPE DE SEDA

Cita 1

“Desde ahí, los años se despeñaron como derrumbe de troncos que sepultaron la fiesta nacional. Vino el golpe y la nevazón de balas provocó la estampida de las locas que nunca más volvieron a bailar por los patios floridos de la UNCTAD. Buscaron otros lugares, se reunieron en los paseos recién inaugurados de la dictadura. Siguieron las fiestas, más privadas, más silenciosas, con menos gente educada por la cripta del toque de queda. Algunas discotecas siguieron funcionando, porque el régimen militar nunca reprimió tanto al coliseo como en Argentina o Brasil. Quizás, la homosexualidad acomodada nunca fue un problema subversivo que alterara su pulcra moral. Quizás había demasiadas locas de derecha que apoyaban el régimen. Tal vez su hedor de cadáver era amortiguado por el perfume francés de los maricas del barrio alto. Pero aun así, el tufo mortuorio de la dictadura fue un adelanto del SIDA, que hizo su estreno a comienzos de los ochenta.

De aquella sinopsis emancipada, solo quedó la UNCTAD, el gran elefante de cemento que por muchos años albergó a los militares. Luego la democracia fue recuperando las terrazas y patios, donde ya no quedan las esculturas que donaron los artistas de la Unidad Popular. También los enormes auditoriums y salas de conferencias,

donde hoy se realizan foros y seminarios sobre homosexualidad, SIDA, utopías y tolerancias.” (15-16)

Cita 2

“Y fue generoso el SIDA que le tocó a la Palma, callejeado, revolcado con cuanto perdido hambriento le pedía sexo. Casi podría decirse que lo obtuvo en bandeja, compartido y repartido hasta la saciedad por los viaductos ardientes de Copacabana. La Palma sorbió el suero de Kaposi hasta la última gota, como quien se harta de su propio fin sin miramientos. Ardiendo en fiebre, volvía a la arena, repartiendo la serpentina contagiosa a los vagos, mendigos y leprosos que encontraba a la sombra de su Orfeo Negro. Un SIDA ebrio de samba y partusa la fue hinchando como un globo descolorido, como un condón inflado por los resoplidos de su ano piadoso. Su ano filántropo, retumbando panderetas y timbales en el ardor de la colitis sidosa. Así fuera una fiesta, una escola de samba para morir lentejuelada y dispersa en el tumbar de las favelas, en el perfume africano suelto, mojando de azabache la rua, la avenida Atlántida, la calle Río siempre dispuesta a pecar y a cancelar en carne los placeres de su delirio.” (17)

Cita 3

“Se puede constatar la metamorfosis de las homosexualidades en el fin de siglo; la desfunción de la loca sarcomida por el SIDA, pero principalmente diezmada por el modelo importado del estatus gay, tan de moda, tan penetrativo en su tranza con el poder de la nova masculinidad homosexual.” (22)

Loco afán. Crónicas de sidario, “La noche de los visones” (o la última fiesta de la Unidad Popular), 11-23.

Cita 4

“La María Sarcoma
La Mosca-Sida
La Frun-Sida
La María Lui-Sida
[...]
La Zoila Sida

La Zoila Kapossi
La Sida Frappé
La Sida On The Rock
La Sui-Sida
La Insecti-Sida
La Depre-Sida
La Ven-Sida" (61)

Loco afán. Crónicas de sidario, "Los mil nombres de María camaleón", 57-61.

Cita 5

"La propaganda de prevención dirigida a los homosexuales pareciera estar resuelta en el abanico publicitario que multiplica la enfermedad a través de sus diferentes versiones. Así es SIDA se espejea entre los productos del mercado, travestido como un fetiche más en el tráfico gitano de la plaga.

El SIDA vende y se consume en la oferta solidaria de la chapita, el póster, el desfile de modas a beneficio, la adhesión de las estrellas, los números de la rifa, y el súper concert de homenaje post mortis, donde el rockero se viste por un rato de niño bueno, luciendo la polerita estampada con el logo fatal.

El tema da para instalar un súper mal, donde las producciones sidáticas se vendan como pan caliente. Los miles de libros (incluyendo éste), las biografías, teleseries, fotonovelas y comics de las stars muertas, incluyendo sus cartas, sus ropajes, sus condones usados: musicales, de piel de lagarto, de gusano de seda, a lunares por, extra large, circuncidados con la estrella judía, con el triángulo rosa-nazi, con el símbolo de la paz, con la hoz separada del martillo, verdes, vegetarianos y macrobióticos para complementar la dieta vegetal de la cocina sidosa." (67)

Loco afán. Crónicas de sidario, "Y Ahora las luces" (Spot: Ponteló-poseló. Pónte-pónte-ponseló), 67-68.

V. BRUJERÍAS CACIONERAS

Cita 1

“Ocurría entonces que Palmenia era gusto popular, pero en esos años lo popular era llanto de pobres, drama piojento, valesito peruano que entonaba la cantante con voz de chola limeña. Y a pesar del menosprecio que tienen los chilenos por la gente del Perú, las canciones de la Palmenia habían clavado hondo en la emoción herida de la miseria barrial, esa estética lagrimerera siempre dispuesta a suavizar rasmillones con el goteo entonado de la pena.[...]

Algo en su timbre vocal tocaba finamente la desgracia del mal amor y le repiqueteaba valseado en el rasgueo de su queja. Y esa ‘nube gris’ errada en el pentagrama pop que rockeaba ese tiempo, era la Palmenia, la dama morena que junto al su trío de guitarras, integraba esas caravanas de artistas que recorrían el país de norte a sur alegrando el letargo opaco de la provincia. [...] Al parecer esto se repitió varias veces; que un día un derrumbe, al otro día una inundación, al siguiente un aluvión, después el terremoto. A la gira próxima un choque, a la otra un asalto, un rosario de desgracias provocado seguramente por la casualidad y la mala leche geográfica del país. Pero no faltó la cantante veleidosa que, sin inmutarse, dijo que la fatalidad viajaba con la Palmenia. Y este pudo ser un comentario sin mayores consecuencias a no ser por un gordo animador de la tele sabatina, que repitió el chiste hasta el infinito, persignándose y cruzando los dedos cuando alguien nombraba a la inocente Palmenia.

Apareció la televisión por cable y la pantalla se abrió al resto del mundo. [...] Y ahí recién volvimos a encontrar a nuestra Palmenia, triunfando como reina envuelta de brillos y plumas amarillo limón [...] Y ahí nos dimos cuenta del gran vacío sentimental que en todos esos negros años nos había dejado su ausencia. Y ahora, por supuesto que avalada por la fama internacional, los empresarios chilenos se atrevieron a contratarla como figura invitada de la tele democrática. Y Palmenia, generosamente humilde, le dedicó a todo Chile el “Cariño Malo” de su exiliada humillación” (33-35).

De Perlas y cicatrices, “Palmenia Pizarro” (o el regreso del ‘cariño malo’), 33-35.

Cita 2

“Sin saber qué iba a pasar esa tarde cuando Serrat se reunió con los estudiantes de la Universidad Arcis. Cuando se ha guardado un beso de fuego para el trovador desde hace veinte años, y se tiene la oportunidad de estamparle la boca coliza en su boca que sabe a hierba. Su boca histórica que cantó por la revolución, por los obreros, los piratas y tanto mal amor perdido. Pero nunca nos dedicó ninguna estrofa, ningún estribillo, como si los maricones no existiéramos, nos exilió del universo poético de su canto. Como si ninguna loca hubiera nadado en el Mediterráneo de su corazón azul. Ninguna mereció levantar el vuelo, gorriona marica en su cielo pardo. Nunca supo entonces del pájaro Lorqui-ano de Federico, destripado por las púas del franquismo[...].

Entonces se detuvo el tiempo y un gran silencio congeló ese instante. ‘Veinte años no es nada’, me dijo y mi boca se despegó de mí como un pájaro sediento se posó en sus labios. Solo un momento la homosexualidad lo tocó con la sed carmesí de una boca chupona. Un instante que lo llevó a su primer beso adolescente, y turbado de emoción lo sentí temblar en la tibieza de esa primera vez, cuando otra boca extraña le arrancó de cuajo su inocencia. ‘Veinte años no es nada’, me dije dejándolo ir llevado por la multitud que se lo tragó entre los insultos y agresiones que me gritaban los estudiantes del Arcis, por haberles roto su mito macho y cancionero.” (119-120)

Loco afán. Crónicas de sidario, “El beso a Joan Manuel” (“Tu boca me sabe a hierba”), 119-121.

Cita 3

“Pero Cecilia también era otra cosa, una diva de la juventud llenaba coliseos cantando “el tango francés de las rosas”, con letra en italiano y acento sureño. Porque la chica había llegado del sur, desde Tomé, cerca de Concepción. Se vino muy joven, y mientras viajaba en el tren a la capital, la cinta verde del paisaje corriendo en la ventana, le dio esperanzas de éxito en el concurso radial para aficionados donde iba a participar. De ahí saltó a la fama y fueron noches y noches de plausos para ella, que nunca imaginó su nombre en marquesina de ampollitas como primera figura de la naciente nueva ola chilena.

Entonces, escotes de corazón y vestiditos de encaje arrepollaban sus caderas, prestándole el femenino encanto que hacía suspirar a la manga de admiradoras que amoldaban su lébico andar al vaivén “Bom, bom, bom de un brillar mil estrellas”. En realidad, ella era otra voz, un timbre agudo que cruzaba el aire en la vitrola tersa de su canto” (131-132).

Loco afán. Crónicas de sidario, “Cecilia” (El platinado trizado de la voz), 131-134.

Cita 4

“Sin querer echarle leña al fuego, más bien soplando de reajo la hoguera que se armó con la pintura postal del artista Juan Dávila, donde aparecía un Bolívar tetón y ligero de cascos, mostrando las nalgas morenas de la utopía latinoamericana. Y hay que ver cómo volaron plumas, corrieron los secretarios de la embajada con la postal del libertador en topless. Como si traficaran una porno donde la historia lucía erótica y coqueta desempolvada por el bisturí plástico de la Juani.

[...]

“Así la versión homosexual de los próceres, traviste en carnaval maraco el privado de la independencia. Porque no todo fue guerra y jurar a la bandera como si la patria fuera un convento benedictino. Seguramente los padres putamadres de la patria también tuvieron su noche de celebración, chimba y zamba. Quizás terminaron un amanecer borrachos, con los pantalones abajo, persiguiendo a una sirvienta mulata. Tal vez era un mulato de ojos nostálgicos por África, encargado de izar el pabellón en su falo azabache. Quizás Simón no era tan Simón, ni Bernardo tan Bernardo, y a José se le escapaba la San Martina, cuando desfilaba la tropa erecta por la calentura de la libertad” (135-136).

Loco afán. Crónicas de sidario, “Juan Dávila” (La silicona del libertador), 135-136.

“Tal vez, porque supe de tu saludo al Frente Homosexual de Cataluña, donde una loca amiga recortó tu mirada de pasamontañas para pegarla en el telón blanco de su amor revolucionario. Quizás fue por eso, porque nunca tuvimos un Che Guevara propio, ni estrellas rojas en el amanecer nublado de Cuba. Y la montaña sandinista

nos resultó demasiado empinada para el delicado guante mariposa. Quizás, porque los héroes del marxismo macho “nunca nos tuvieron paciencia”, y prefirieron bailar solos, ideológicamente solos, la ranchera baleada de su despedida.” (137)

[...]Entonces sub comandante, empuñas la treinta treinta y se levanta contigo en indiaje zapatista. Así fuera ayer la rebelión tizna de polvora la pantalla del noticiario, y la foresta de Chiapas es el nuevo pulso que despierta en un alboroto de pájaros. Sólo que no es ayer, y los pájaros son helicópteros que zumban fatídicos por tu cabeza. No es ayer, lo repiten los ultimátum oficiales, Porque los Villas y Zapatas yacen pegados a los murales que fotografían los turistas. Pero igual sigues desafiando corajudo al nuevo orden. Igual sigues inventándole personajes a tu perseguido anonimato. Por ahí declaras que fuiste travesti en Barcelona, traficante en Times Square, y pirata aéreo en el Cairo. Que nunca nadie dio con tu verdadero rostro, porque la revolución no debe tener un rostro. Es un imaginario posible, un paisaje que se completa con el rostro amado, soñaba Gilles Deleuze” (138)

Loco afán. Crónicas de sidario, “Aquellos ojos verdes” (A ese corazón fugitivo de Chiapas), 137-139.

VI. CUERPOS RAROS, DULCES/TRISTES DIFERENCIAS

Cita 1

“Entonces nació Lorenza Böttner. El nombre femenino fue la última pluma que completó su ajuar travesti. Desde entonces, se ha desplazado por diversos géneros de las artes visuales: la fotografía, el cine, la performance, la instalación. Y su nombre al pie de dibujos y pinturas, le ha servido para sobrevivir y viajar por el mundo con su madre. Su sacrificada progenitora que se convirtió en mamanager, y no acepta fotos ni entrevistas, de no mediar un pago por el trabajo de su hijo. “Lorenza tiene copy rught”, dice ella tapando el lente de los fotógrafos.(152)

Pero más allá de sus dibujos y pinturas, la verdadera obra es su cuerpo que lo exhibe minusválido, como una bella intervención en Nueva York, Barcelona o California. A veces, se instala en la calla y tiza con sus pues delicados dibujos, que luego los zapatos de

los transeúntes se encargan de borrar. Mientras a su lado, la madre suple la carencia del hijo estirando la mano que recoge las propinas.”(153)

[...]

Lorenza en performance, es una walkiria trunca y orgullosa. Por los brazos que no tiene se inventa un par de alas, como la Victoria de Samotracia posando para Robert Maplethorpe, el fotógrafo homosexual que un tiempo después murió de SIDA. Así, aparece en catálogos y revistas gays, amputada y pita del Partenón. Algo así como topless en la Acrópolis o tacoaltos en Atenas, invitada de contrabando al carnaval posmoderno.” (153)

Loco afán. Crónicas de sidario, “Lorenza” (Las alas de una manca), 151-154.

Cita 2

“Cada cierto tiempo en Chile, y según el oportunismo noticioso, que levanta o acalla sucesos populares de acuerdo a las políticas de turno, se aparecen vírgenes en las cortezas de los árboles, en la pintura revenida de un muro abandonado, en la ventana rota de una casa de putas, en el gallinero, donde las aves ponen huevos con la cara de Nuestra Señora, en el vidrio del auto de Pinochet, hecho astillas en el atentado, en las tapitas de Coca-Cola, en la bandera desteñida de un club deportivo, en fin, por todas partes, sin previo aviso, la madre de Cristo reitera si performance iluminando al primero que la ve, dejándolo con los ojos blancos, titulado de curador, por ser el elegido que prendió la tele de la santidad.

Tal fue el bullado caso de Miguel Ángel de Villa Alemana. El niño santo, el púber médium que de un día a otro cambió su aporreada vida de orfanato por la fama de milagrero que hablaba con la virgen de tú a tú. Antes de aquella tarde, Miguel Ángel era un deslavado niño chileno, sin ninguna gracia. Y su pueblo no aparecía en las noticias desde el terremoto. Entonces nadie podía imaginar que ese pobre huacho, iba a ser el personaje que provocaría tanta conmoción repitiendo yo la vi, yo la vi, ella me dijo. Y se despobló el pueblo con el alcalde, el cura, las profesoras, los bomberos y cuanto curioso corriendo, atropellándose por llegar al cerro donde el cabro decía que la virgen lo estaba esperando. Que ahí mismo, en esos

peñascos, en esa lomita, hay una señora que me está llamando. ¿No la ven?" (155-156)

[...]

"Mariquillas que quieren ser mujer, bisexuales indigentes que no tienen plata para operarse, hermafroditas naturistas que exponen la próstata para recibir el hachazo celeste. Son los únicos que aun acuden al santuario, los únicos que riegan de velas el roquerío, los únicos que hacen la manda de quedarse extáticos en pose d diva hasta que retumba el alba. A ver si María desde el cielo los escucha, a ver si su mamita virgen, para callado y a espaldas de Dios, baja a la tierra para repetir el milagro, tan barato, tan suave como un golpe de azucena, sin anestesia, sin dolor." (161-162)

Loco afán. Crónicas de sidario, "La transfiguración de Miguel Ángel" (o "la fe mueve montañas),
155-162.

Cita 3

"El nunca pensó en llamarse Berenice, y menos ponerse ropa de mujer. Solamente huir lejos, escapar de todos esos huasos molestándolo, diciéndole cochinas. Porque él era un chiquillo raro, feíto, pero con un cuerpo de ninfa que sauseaba entre los cañaverales. Un cuerpo de venus nativa que aunque trataba de ocultarlo entre las ropas enormes que dejaba su abuelo, siempre había algún peón espionando su baño egipcio en las ciénagas del estero. Apenas asomaba su pubertad, y ya se le notaba demasiado su vaivén colibrí en el mimbre de esclava nubia perdida entre las pataguas. Por detrás era una verdadera chiquilla, una tentación para tanto gañán temporero que no veía mujer hacía meses. Hileras de inquilinos que pasaban en la tarde gritándole: Mijito tome esta frutita. Mijito cómase esto, cabrito vamos pa' los yuyos. Por eso al cumplir los dieciocho años se fue, cansado que lo jodieran tanto. Se juntó con un grupo de mujeres que iban a la corta de uva y partió entre ellas riéndose y haciendo chistes. Se despidió de su tía y del abuelo, que eran su única familia, y dijo que se iba con ellas porque no lo molestaban, que cortar uva no era difícil, y con lo que ganara se iba a comprar un pasaje a Santiago." (163)

[...]

“Solamente eso, y todo el tiempo del mundo para amononar a la guagua de la patrona que la Berenice quería tanto. El bebito de rizos dorados que se robó en un arrebató sentimental cuando el crío le dijo mamá. Y ella no lo pudo soportar, no encontró recuerdo donde anidara esa palabrita, y sintió en el estómago una ebullición de ternura, como si la palabra la inflara de capullos que reventaron en rosas por cada uno de sus poros. Ese nombre una vez más le desordenó el mate ya desordenado por tanta mudanza de sexo. Esa mamá le fragilizó al máximo al máximo su corazoncito de tenca y no lo pensó dos veces, arrancando con la guagua como si se robara una muñeca de una tienda de lujos.” (167)

Loco afán. Crónicas de sidario, “Berenice” (la resucitada), 163-168.

VII. LA FURIA TESTIMONIAL DE LA MEMORIA

Cita 1

“Y ocurrió en un sencillo país colgado de la cordillera con vista al ancho mar. Un país dibujado como una hilacha en el mapa; una aletargada culebra de sal que despertó un día con una metraca en la frente, escuchando los bandos gangosos que repetían: “Todos los ciudadanos deben guardarse temprano al toque de queda, y no exponerse a la mansalva terrorista”. Sucedió los primeros meses después del once, en los jolgorios victoriosos del aletazo golpista, cuando los vencidos andaban huyendo y ocultando gente y llevando gente y salvando gente. A Alguna cabeza uniformada se le ocurrió organizar una campaña de donativos para ayudar al gobierno. La idea, seguramente copiada de “Lo que el viento se llevó”, o de algún panfleto nazi, convocaba al pueblo a recuperar las arcas fiscales colaborando con joyas para reconstruir el patrimonio nacional arrasado por la farra upelienta, decían las damas rubias en sus téscanastas, organizando rifas y kermeses para ayudar a Augusto, y sacarlo adelante en su heroica gestión. Demostrarle al mundo entero que el golpe, solo había sido una palmada eléctrica en la nalga de un niño mañoso. El resto eran calumnias del marxismo internacional, que envidian a Augusto y a los miembros de la junta, porque supieron ponerse los pantalones y terminar de un guaracazo esa orgía de rotos, Por eso, que si usted apoyó el pronunciamiento militar,

pues vaya pronunciándose con algo, vaya poniéndose con un anillo, un collar, lo que sea. Vaya donando un prendedor o la alhaja de su abuela, decía la Mimí Barrenechea, la emperifollada esposa de un almirante, la promotora más entusiasta con la campaña de regalos en oro y platino que recibía en la gala organizada por las damas de celeste, verde y rosa que corrían como gallinas cluecas recibiendo los obsequios.”(11)

De perlas y cicatrices, “Las joyas del golpe”, 11-13

Cita 2

“Concurridas y chorreadas de whisky eran las fiestas en la casa pije de Lo Curro, a mediados de los setenta. Cuando en los aires crispados de la dictadura se escuchaba la música por las ventanas abiertas, se leía a Proust y a Faulkner con devoción y un set de gays culturales revoloteaba en torno a la Callejas, la dueña de casa. Una diva escritora con un pasado antimarxista que hundía sus raíces en la ciénaga de Patria y Libertad. Una mujer de gestos controlados y mirada metálica que, vestida de negro, fascinaba por su temple marcial y la encantadora mueca de sus críticas literarias. Una señora bien, que era una promesa del cuento en las letras nacionales. Publicada hasta en la revista de izquierda “La Bicicleta”. Alabada por la elite artística que frecuentaba sus salones. La desenvuelta clase cultural de esos años que no creía en historias de cadáveres y desaparecidos. Más bien le hacían el quite al tema recitando a Elliot, discutiendo sobre estética vanguardista o meneando el culo escéptico al ritmo del grupo Abba. Demasiado embriagados por las orquídeas fúnebres de Mariana, la Callejas.

Muchos nombres conocidos de escritores y artistas desfilaron por la casita de Lo Curro cada tarde de tertulia literaria, acompañados por el té, los panecillos y a veces el whisky, caviar y queso Camembert, cuando algún escritor famosos visitaba el taller, elogiando la casa enclavada en el cerro verde y el paisaje cordillerano y esos pájaros rompiendo el silencio necrófilo del barrio alto. Esa tranquilidad de cripta que necesita un escritor, con jardín de madre selvas y jazmines “para sombrear el laboratorio de Michael, mi marido químico, que trabaja hasta tarde en gas para eliminar ratas”, decía Mariana con el lápiz en la boca. Entonces todos alzaban las copas Old

Fashion para brindar por la alquimia exterminadora de Townley, esa swástica laboral que evaporaba sus hedores, marchitando las rosas que morían cerca de la ventana del jardín.” (14)

De perlas y cicatrices, “las orquídeas negras de Mariana callejas” (o el Centro Cultural de la Dina), 14-16.

Cita 3

“Se podría decir que aquella sotana de la TV, junto a otros capellanes militares que bendecían los corvos de los boinas negras, fueron la turbia agua bendita que no logró manchar el papel cumplido por la Iglesia en defensa de los perseguidos. Apenas la excepción del Opus dei, el verbo de Cristo hecho crimen por la boca arrugada del beato comentarista, tan casto, tan puro, criando manadas de gatos en sus soledad contemplativa. Tal vez, el angélico curita, levitando más allá del mundo, nunca quiso saber de la carne rasgada en la tortura. Mientras Santiago se recagaba de miedo de espaldas a las bayonetas, el hermano santo extraviado en sus túneles eucarísticos, soñaba con blandos seminaristas de manso mirar. El fraile de la tele, se veía en un cielo azul marino persiguiendo mancebos con alitas y arcángeles de piernas peludas, enjambres de acólitos y querubines que el Altísimo le daba de premio por su lucha antimarxista. Y él humildemente lascivo, los miraba trotar y correr por su jardín del paraíso, los veía emocionado brincando entre las nubes por el “campo de flores bordado” de su Chile militar.”

Tal vez, este juicio al ayer pueda pecar de corrosivos sentimientos que atesora una memoria resentida en su porfía. En tanto hoy, la pantalla democrática pareciera evangelizar su negociada transición con estas negras máscaras que comulgaron con el horror. Pero la amnesia es otra mentira de este reconciliado carnaval, porque los dulces Ora Pronobis de este inolvidable pastor, aun su lengua lagarta se asoma en la TV como una beata comadre que vocea el “Santo, Santo” de aquella podrida inquisición.” (18)

De perlas y cicatrices, “El cura de la tele” (olor a azufre en la sacristía), 17-18.

Cita 4

“En la mañana de un once, aunque brille un dorado sol, hay quienes aún despiertan tiritando, hay quienes no se levantan, y se quedan enredados en las sábanas de la vigilia, dormitando, tratando de alargar la noche anterior para borrar o saltarse los números paralelos de este efeméride. Son muchos los que no quieren saber el día que están viviendo, y no despiertan y duermen, y tratan de flotar en las aguas gelatinosas del presente once. Tratan de huir, de evitar la evocación de esa fecha nadando en cámara lenta, nadando contra la corriente en el río numeral del calendario, que inevitablemente los estrella contra los unos apareados de esas columnas. En la mañana de un once hay quienes no dan la cara, y andan todo el día mostrando sólo un perfil, y la otra faz la ocultan en la sombra.” (29)

De perlas y cicatrices, “Las campanadas del once” (o ¿te imaginas Pichy qué hubiera sido de nosotras?, 28-30.

VIII. PAÍS QUE MUERDE

Cita 1

“Tan creída la tonta, decían las cabras del barrio, picadas con la chica de la moda que provocaba tanta envidiosa admiración. Parece puta murmuraban, riéndose cuando el grupo de la esquina la tapaba con besos y tallas de grueso calibre. Y puede haber sido al calor de ese verano, el detonante culpable de todo lo que pasó. Pudo ser un castigo social sobre alguien que sobresale de su medio, sobre la chica inocente que esa noche pasó tan tarde, tan oscura la boca de la calle tenía sombras de lobo. Y curiosamente no se veía un alma cuando llegó a la esquina. Cuando extrañada esperó que la barra malandra le gritara algo, pero no escuchó ningún ruido. Y caminó como siempre bordeando el tierral de la cancha, cuando no alcanzó a gritar y unos brazos tentáculos la agarraron desde las sombras. Y ahí mismo el golpe en la cabeza, ahí mismo el peso de varios cuerpos revolcándola en el suelo, rajándole la blusa, desnudándola entre todos, querían despedazarla con manoseos y agarrones desesperados. Ahí mismo se turnaban para amordazarla y sujetarle los brazos, abriéndole las piernas, montándola epilépticos en el apuro del capote poblacional. Ahí mismo los tirones de pelo, los arañazos de las piedras en su

espalda, en su vientre toda esa leche sucia inundándola a mansalva. Y en un momento gritó, pidió auxilio mordiendo las manos que le tapaban la boca. Pero eran tantos, y era tanta la violencia sobre su cuerpo tiritando. Eran tantas las fauces que la mordían, la chupaban, como hienas de fiesta la noche sin luna fue compinche de su vejación en el eriazo. Y ella sabe que aulló pidiendo ayuda, está segura que los vecinos escucharon mirando detrás de las cortinas, cobardes, cómplices, silenciosos. Ella sabe que toda la cuadra apagó las luces para no comprometerse. Más bien para ser anónimos espectadores de un juicio colectivo. Y ella supo también, cuando el último violador se marchó subiéndose el cierre, que tenía que levantarse como pudiera, y juntar los pedazos de ropa y taparse la carne desnuda, violácea de moretones. La chica de la moda, supo que tenía que llegar arrastrándose hasta su casa y entrar sin hacer ruido para no decir nada. Supo que debía lavarse en el baño, esconder los trapos humillados de su moda preferida, y fingir que dormía despierta, crispada por la pesadilla. La chica de la moda, estaba segura que nadie serviría de testigo si denunciaba a los culpables. Sabía que toda la cuadra iba a decir que no habían escuchado nada. Y que si a la creída de la pobla le habían dado capote los chiquillos del club, bien merecido se lo tenía, porque pasaba todas las tardes provocándolos con su pedazo de falda. Qué quería, si insolentaba a los hombres con su coqueteo de maraca putiflor. ” (37)

De perlas y cicatrices, “La leva” (o “la noche fatal para una chica de la moda”, 36-38.

Cita 2

“Pero ninguno creció como tú Camilo, ninguno recorrió el mundo ni vio de cerca el paisaje de las revistas. Ninguno se fue de la población a los barrios más pudientes. Ninguno fue a la universidad, ni menos llegó a presidente del partido socialista. A ninguno le bastó esa mancha azul, ese relámpago de mar para izar con triunfo su futuro. Y a todos esos niños del cuento, se los fue tragando lentamente el pantanoso destino proletario. Alguno murió en dictadura, otros en peleas de borracho, y el resto se pudrió de cesantía, alcohol, drogas o delincuencia en alguna celda de la cárcel. Al último lo encontraron colgando de una baranda de los bloques, como si volviera a ser niño jugando al trapecio para huir de la depresión angustiada

llamada pasta base. Como ves, en la población está todo casi igual, a no ser por todos los que faltan, los que se fueron esperando el día triunfal de tu regreso. Todos tenían algo que pedirle al parlamentario orgullo de la población. Todos deseaban al menos sacarse una foto contigo, para mostrarla a sus nietos y decirles que un día, ya esfumado por el Alzheimer, corretearon con un famoso por los poteros de San Miguel, cuando todos los sueños infantiles cabían en unos ligeros zapatos rotos.” (40-41)

De perlas y cicatrices, “Camilo Escalona” (o “sólo sé que al final olvidaste el percal”), 39-41.

Cita 3

“Muchos exiliados de elite, se hicieron artistas o escritores en esas tertulias de la nostalgia patria. Muchos pensaron que la distancia y la inspiración eran sinónimos animados con vino rosé y poemas de Benedetti. Y al terminar la pesadilla, algunos regresaron con cierto aire internacional, con cierto orgullo de conocer mundo, conversando entre ellos, recordando las súper pastas que preparaban los Inti en la Mia-Italia, o los costillares fru-fru de la Charo en París. Regresaron llenos de humos vistiendo ternos de lino blanco y fumando en pipa, invadiendo el panorama artístico de la resistencia, que según ellos, era un apagón cultural donde no había pasado nada.

Muchos de los que lloramos con los acordes de “Cuando me acuerdo de mi país”, nunca creímos que el exilio iba a regresar convertido en una clase política que reitera costumbres colonizadoras aprendidas en el viejo mundo, tal vez un poco para adaptarse, y otro poco debido al arribismo cultural que llevaron siempre.” (41-42)

[...]

“Actualmente la izquierda dorada forma un clan de ex alumnos del exilio, que se pavonean de sus logros sociales y económicos en los eventos de cursilería democrática. Tal vez, siempre quisieron pertenecer a ese mundo jet set que muestra los dientes en las revistas de moda. Quizás la ideología roja los privó de esos plumeros burgueses que miraron desde lejos con secreta admiración. En fin, el término del siglo desbarató el naípe ético de la whiskquierta, que ve agonizar el milenio con mucho hielo en el alma y un marrón glacé en la nariz para repeler el tufo mortuorio del pasado.” (44)

De perlas y cicatrices, "El exilio fru-fru" (o "había una fonda en Montparnasse), 42-44.

Cita 4

"Redondeado por el sopor de la tarde sabatina, el mito burlón de don Francisco recrea el lánguido fin de semana, el opaco fin de semana poblacional que, por años, solamente tuvo el escape cultural de Sábados Gigantes. El día chillón del verano haragán, el polvo seco de la calle sin pavimentar y la tele prendida, donde el gordo "meneaba la colita" al ritmo de la pirula. (51)

[...]

En fin, dígase lo que se diga, Don Francisco equivale a la corbillera para los millones de telespectadores del continente que lo siguen, lo aman, lo creen como a la virgen, y ven en la boca chistosa del gordo una propaganda optimista de país. Más bien, una larga carcajada neoliberal que limita en una mueca triste llamada Chile." (53)

De perlas y cicatrices, "Don Francisco" (o "la virgen obesa de la TV"), 51-53.

IX. DE REINAS Y VEDETTES

Cita 1

"El famoso Clan Ubilla de tías, sobrinas y nietas, afroditas locales del vedetismo que se transmitieron por el cordón umbilical el equilibrio mamblero de los tacos. Desde chicas, jugando con plumeros, aprendieron a descender con estilo la escalera iluminada del Bim Bam Bum, donde todas alguna vez llegaron, pero fue Pitica quien se consagró reina en las noches rumberas del Opera. El nombre se lo puso en homenaje a Lucho Gatica, a quien le decían Pítico y se molestó por el abuso de confianza. Aun así, esta diva se ganó los aplausos del público que repletaba la sala. De todas las comunas, de todos los barrios la gente venía a reírse con los sketch de Manolo González, Isis del Valle (La Pelá), Carlos Helo, Mino Valdés y tantos personajes que pasaron por el teatro de la calle Huérfanos. Como la larga lista de cantantes y actrices universitarias que cumplieron el sueño azul de empilucharse y lucir el canastillo de plumas en la cabeza. Así llegó Fresia Soto, la morocha cantante nuevaolera de acrílicos ojos calipso, y cantó su "Corazón de melón" arrebolada de boas

rosas. Después le tocó turno a Peggy Cordero, la actriz heroína de Cine Amor, la belleza de ojos dormidos verde mar, que encandiló a todo el país con su escultura curvilínea en la portada de los diarios. Luego vinieron las bailarinas de ballet, Rosita Salaverry y Magaly Rivano, quienes fueron duramente criticadas por frivolar la danza clásica en el cabaret de las chicas ligeras de ropa. Pero entre más se escandalizaba el medio cultural de entonces porque las niñas universitarias del teatro y la danza mostraban el cuero en bikinis de lentejuelas, más numeroso era el público que llenaba la penumbra estelar de las noches del Opera.” (74)

[...]

“Llegados los setenta, el golpe militar seguido del toque de queda, desanimó las noches putifarras en la catedral del vedetismo. Las funciones de las diez se adelantaron a las siete, y era raro asistir al espectáculo tan temprano. Además la censura política del régimen afectó el doble filo del humor, y poco a poco fue desapareciendo la costumbre popular del teatro revisteril. El Bim Bam Bum fue el último en cerrar su cortinaje de brillos, cuando una empresa inmobiliaria compró la propiedad que ocupaba el teatro Opera en la calle Huérfanos para convertirlo en galería comercial. Solo dejaron para el recuerdo, la pretenciosa fachada de columnas y el arco de ingreso, como una cáscara hueca que adorna nostálgica el plástico vidriero del Santiago actual. Solo eso quedó de aquella fiesta, y por cierto alguna vieja vedette que, en su casa, acaricia las plumas lloronas de ese extinguido esplendor.” (75)

De perlas y cicatrices, “El Bim Bam Bum” (o “cascadas de marabú en la calle Huérfanos”), 73-75

Cita 2

“Al compás de pitos y redobles de tambores, aleluyas y marimbas de orfeón; la arqueología aristócrata desfila cargando rosarios, estandartes, pendones dorados y heráldicas de alcurnia. Señores grises del Opus Dei y damas enjutas, torcidas por el servicio social y la caridad conservadora. Las mismas señoras de verde, amarillo y rosado; todas teñidas de rubio ceniza, todas de collar de perlas cultivadas, todas respingonas oliendo a polvos Ángel Face. Casi todas con su empleada mapuche caminando dos pasos más atrás, arras-

trándola a la fuerza para evangelizarle las mechas tiesas. A ver si la india cabizbaja, se conmueve con el radiante fulgor de la santidad. A ver si la convence la virgen en persona. La reina del general ejército, que le salvó la vida al general Pinochet en el atentado extremista. La inmaculada que se apareció a los soldados en plena batalla, por allá en la Independencia. Tan divina de café y amarillo cuando no había tele a color. La madre del Carmelo, la más elegante, la más regia española de ojos celestes que mira sobre el hombro a toda esa patota de vírgenes ordinarias; vírgenes de población, vírgenes de grutas, vírgenes de animitas, cholas de ollín y desteñidas por la intemperie. Vírgenes huasas de Andacollo, Pelequén, Las Rosas, Las Viscachas, Peña Blanca. Vírgenes que salen como callampas a pedir del populacho. Fíjate tú. Lo único que falta es que falta es una virgen de la marihuana para los volados. No te digo. Tanta virgen de medio pelo aparecida la de última hora. Como esa tirana del norte, sin apellido, congregando a tanto roto, a tanto punga, que con la excusa de la manda, se lo pasan tres días borrachos, comiendo a destajo, drogados y felices bailando esas danzas paganas a toda pampa los herejes." (78-79)

De perlas y cicatrices, "Del Carmen Bella flor" (o "el radiante fulgor de la santidad"), 78-79.

X. SOL DE SOMBRA EN EL CORAZÓN

Cita 1

"Al caer en mis manos en libro *Mujeres Chilenas Detenidas Desaparecidas*, publicado en Santiago el 8 de marzo de 1986, Día Internacional de la Mujer. Después de recorrer con impotencia las caras nubladas de 56 obreras, profesoras, estudiantes, modistas, dueñas de casa, dueñas de casa, sociólogas, secretarias o empleadas domésticas que abanicán con sus rostros el triste hojeo de estas páginas; me detengo sin querer en el último caso que documenta esta bitácora. El retrato pálido de Claudia Victoria, la niña más joven que cierra aquella ronda de muerte.

Al mirar su foto y leer su edad de ocho meses al momento de la detención, pienso que era tan pequeña para llamarla Detenida Desaparecida. Creo que a esa edad nadie tiene un rostro fijo, nadie posee un rostro recordable, porque en esos primeros meses, la vida no ha

cicatrizado los rasgos personales que definen la máscara civil. A esa edad, todas las guaguas se parecen, todas hacen pucheros y se ríen sin vergüenza frente a una cámara fotográfica. Ninguna sabe entonces que su carita de manzana, mostrando las encías despobladas, es la última visión que se tendrá de ellas, el único documento en blanco y negro donde aparece y desaparece la nena, tan diminuta, tan graciosa y chiquitita, como para cargar en su frágil cuerpo la banda fúnebre que encinta el álbum familiar de América Latina.” (83)

[...]

Se hace imposible recuperarla para decirle la verdad, contarle un viejo cuento que se inició en Santiago de Chile, en el barrio La Cisterna, cuando José Poblete, lisiado de las dos piernas, emigró a la Argentina para rehabilitarse. Y allí conoció a Gertrudis Hlaczick con quien formó un hogar y tuvieron a una niña que crecía cada día más linda, mientras él estudiaba sociología y se movía entre los pasajeros de trenes en su silla de ruedas vendiendo cosas. Ambos participaban en un grupo de cristianos por la liberación. Ambos fueron detenidos con la beba y hasta el día de hoy no se conoce su paradero. Después las abuelas de la niña, dejaron los zapatos en la calle, buscando, preguntando por ellos en Campo de Marte, el Olimpo y Puente Doce. Y siempre les dijeron lo mismo: no se sabe. No aparecen. A joder a otro lado, viejas². Por ahí algo supieron de los chicos a través de unos detenidos que los vieron en el Olimpo, aún con vida. Pero de la nena nadie tenía información, se había esfumado en el aire empañado de aquella noche de terror.” (84)

De perlas y cicatrices, “Claudia Victoria Poblete Hlaczik” (o “un pequeño botín de guerra”), 83-85.

Cita 2

“Desde el tercer piso de los bloques, se podían ver los tres cadáveres en el rastrojo de los desperdicios, se veían todavía encarrujados por el último estertor, aún tibios en la carne azulosa, perlada de garúa con la gasa húmeda del amanecer. Eran tres hombres salpicados de yodo, lo que vi desde mi infancia, asomado entre las piernas de la gente, mis vecinos comentando que tal vez eran delincuentes ajusticiados por el Estado de Sitio, como informaba la televisión. Decían esto apuntando a uno de los hombres un poco mayor que

usaba bisoñé, y en el golpetazo de la balacera se le había corrido, y mostraba su cráneo abierto, como un manajo de rubíes coagulados por el sol.

[...]

Han pasado veinticinco años desde aquella mañana, y aún el mismo escalofrío estremece la evocación de esas bocas torcidas, llenas de moscas, de esos pies sin zapatos, con los calcetines zurcidos, rotos por donde asomaban sus dedos fríos, hinchados, tumefactos. La imagen vuelve a repetirse a través del tiempo, me acompaña desde entonces como “perro que no me deja ni se calla”. A la larga se me ha hecho familiar recordar el tacto visual de la felpa helada de su mortaja basurera, Casi podría decir que desde aquel fétido eriazó de mi niñez, sus manos crispadas me saludan con el puño en alto, bajo la luna de negro nácar donde porfiadamente brota su amargo florecer.” (87)

De perlas y cicatrices, “Los cinco minutos te hacen florecer”, 86-87.

Cita 3

“Como quien pasea la tarde por la Feria del Libro, me la encuentro hojeando poesía y mirando portadas, confrontando su cara tatuada a fuego, con las “boquitas de caramelo y los cutis de seda” de las niñas top que chispean las tapas de best sellers y revistas. Carmen Gloria Quintana, la cara en llamas de la dictadura, parece hoy una magnolia estropeada en los ojos que la reconocen bajo el mapa de injertos. Los ojos impertinentes que se dan vuelta a mirar su figura de joven mamá paseando a su niño entre la gente.

Pero son muy pocos los que recuerdan el rostro impreso en las fotos de los diarios. Son contados los que pueden leer en esa faz agredida una página de la novela de Chile. Porque la historia de Carmen Gloria nada tiene que ver con la literatura light que llena los escaparates. Y si alguien escribiera su historia, difícilmente podría escapar al testimonio sentimental que remarca sus rasgos en el boceto incinerado de la escritura. Quizás, decir algo de ella pasa inevitablemente por narrar su historia, los que pudo ser común a la de muchas jóvenes que vivieron los densos humos de las protestas, por allá en los ochenta. De no ser por esa noche, cuando Chile era un eco total de caceroleos y gritos, Y había que cortar esa calle con

una barricada. Y estaban Rodrigo y ella con un bidón de bencina, en esa esquina del terror cuando llegó la patrulla. Cuando los tiraron al suelo, violentamente, riéndose, mojándolos con el inflamable, amenazando con prenderles fuego. Y al rociarlos todavía no creían. Y al prender el fósforo aún dudaban que la crueldad fascista los convertiría en mecheros bonzo para el escarmiento opositor. Y luego el chispazo. Y ahí mismo la ropa ardiendo, la piel ardiendo, desollada como brasa. Y todo el horror del mundo crepitando en sus cuerpos jóvenes, en sus hermosos cuerpos carbonizados, iluminados como antorchas en el apagón de la noche protesta.” (88-89)

De perlas y cicatrices, “Carmen Gloria Quintana” (o una página quemada en la feria del libro), 88-89.

Cita 4

“La aparición de Karin en Canal Nacional, aquella tarde, tenía la intención de negar las denuncias sobre la violación a los derechos humanos en el Chile dictatorial, por eso se montó la escena patética de su confesión televisada. Por eso Karin iba leyendo, y en su voz narcotizada, contaba una película falsa que todo el país conocía de memoria. En su tono tranquilo, impuesto por los matones que estaban detrás de las cámaras, se traslucía la golpiza, el puño ciego, el lanzazo en la ingle, la caída y el rasmillón de la cara tapado con polvos Angel Face. En esa voz ajena al personaje televisado, subía un coro de nuncas y jamases picaneados por las agujas de la corriente, el agujijón eléctrico crispándole los ojos, dejándoselos tan abiertos como una muñeca tiesa hilvanada de jeringas. Como una muñeca sin voluntad, obligada a permanecer con los ojos fijos, maquillados de puta. (Como con rabia le tiraron el azul y negro en los párpados). Sus ojos recién abiertos al abiertos al afuera, después de tantos días presa en la sombra, después de esa larga noche con los ojos desceñados, abiertos para adivinar el golpe a mansalva. Los ojos tremendamente desorbitados a esa nada, a esa franela, a ese trapo de la venda como cortina de luto también abierto a la selva negra de la vejación. Y después de tanta oscuridad y búsqueda y denuncia, los ojos de la Karin sin expresión, abiertos de par en par para la televisión chilena, para la familia chilena tomando el té a esa hora del noticiario.” (91)

De perlas y cicatrices, “Karin Eitel” (o la cosmética de la tortura, por canal 7 y para todo espectador), 90-92.

Cita 5

Tal vez, como espectáculo noticioso en la pasada dictadura, el suceso Corpus Christi, también llamado Operación Albania por la C.N.I., fue uno de los más repugnantes hechos que conmocionaron al país con su doble estándar noticioso. Por una parte el periodismo cómplice de El Mercurio y Canal Trece, donde aparecía el reportero estrella junto a cadáveres aún tibios, dando a entender que ese era el saldo de enfrentamientos entre la represión armada y los aparatos de seguridad que protegían al país del extremismo. Por otro lado, el relato clandestino en el chorreo achocolatado de la masacre, la parapléjica contorsión de los doce cuerpos, sorprendidos a mansalva, quemados de improviso por el crepitar de las ráfagas ardiendo en la piel, en la toma por asalto del batallón que entró en las casas como una llamarada tumbando la puerta, quebrando las ventanas, en tropel de perros rabiosos, en jauría de hienas babeantes, en manada de coyotes ciegos por la orden de matar, descuartizar a balazos a cualquier sombra, cualquier figura de hombre, niño o mujer herida, buscando a tientas la puerta trasera. Allí cegada por el alfilerazo de pólvora en la cien, la niña aprendiz de guerrillera, parecía danzar clavada una y otra vez por el ardor caliente de la metraca. Más allá, el joven idealista, no alcanzó a beber de la taza en su mano, y cayó sobre la mesa hemorragiado de sangre y café que almidonaron su camisa blanca. Aún más blanca, en el ramalazo de crisantemos lacres que brotaron de su pecho.”

De perlas y cicatrices, "Corpus Christi" (o "la noche de los alacranes"), 93-94.

Cita 6

“Quizás, sería posible rescatar a Ronald Wood entre tanto joven acribillado en aquel tiempo de protestas. Tal vez, sería posible encontrar su mirada color miel, entre tantas cuencas vacías de estudiantes muertos que alguna vez soñaron con el futuro esplendor de esta impune democracia. Al pensarlo, recuerdo de niño grande me golpea el pecho, y veo pasar las nubes tratando de recortar su perfil en esos algodones que deshilacha el viento. Al evocarlo, me cuesta imaginar su risa podrida bajo la tierra. Al soñarlo en el enorme cielo salado de su ausencia, me cuesta creer que ya nunca más volverá a alegrarme la mañana el remolino juguetero de sus gestos” (95)

[...]

Solamente el 20 de mayo de 1986, me llegó la noticia de su asesinato en medio de una manifestación estudiantil en el Puente Loreto. Ese día, recién me enteré por la prensa que Ronald estudiaba para auditor en el Instituto Profesional de Santiago, que tenía apenas 19 años esa tarde cuando una maldita bala milica había apagado la hoguera fresca de su apasionada juventud. Ahí también supe que había agonizado tres días con su cabeza hecha pedazos por el plomo dictatorial." (96)

De perlas y cicatrices, "Ronald Wood" ("A ese bello lirio despeinado"), 95-96.

Cita 7

"Y fueron tantas patadas, tanto amor descerrajado por la violencia de los allanamientos. Tantas veces nos preguntaron por ellos, una y otra vez, como si nos devolvieran la pregunta, como haciéndose los lesos, como haciendo risa, como si no supieran el sitio exacto donde los hicieron desaparecer. Donde juraron por el honor sucio de la patria que nunca revelarían el secreto. Nunca dirían en qué lugar de la pampa, en qué pliegue de la cordillera, en qué oleaje verde extraviaron sus pálidos huesos.

Por eso, a la larga, después de tanto traquetear la pena por los tribunales, ministerios de justicia, oficinas y ventanillas de juzgados, donde nos decían: otra vez estas viejas con sus cuentos de los detenidos desaparecidos, donde nos hacían esperar horas tramitando la misma respuesta, el mismo: señora, olvídese señora, abúrrase que ni hay ninguna novedad. Deben estar fuera del país, se arrancaron con otros terroristas. Pregunte en investigaciones, en los consulados, en las embajadas, porque es inútil.

[...]

Por eso es que aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos. Los llevamos a todas partes como un cálido sol de sombra en el corazón. Con nosotros viven y van plateando lunares nuestras canas rebeldes. Ellos son invitados de honor en nuestra mesa, y con nosotros ríen y con nosotros cantan y bailan y comen y ven tele. Y también apuntan a los culpables cuando aparecen en la pantalla hablando de amnistía y reconciliación.

Nuestros muertos están cada día más vivos, cada día más jóvenes, cada día más frescos, como si rejuvenecieran siempre en un eco subterráneo que los canta, en una canción de amor que los renace, en un temblor de abrazos y sudor de manos, donde no se seca la humedad porfiada de su recuerdo." (102-103)

De perlas y cicatrices, "El informe Rettig" (o "el recado de amor al oído insobornable de la memoria"), 102-103.

XI. CON TINTA SANGRE: MANCHAS DE LA DIFERENCIA

Cita 1

"Y fue tan sorprendente ver en esos años de dictadura el rayado lésbico amoroso del grupo Ayuquelén. Casi impensable imaginarlas bravas, feministas y combativas dando la pelea, en ese tiempo de concentraciones en el Parque O' Higgins, donde sus graffitis tenían el leve desenfado de la militancia sexual que dibujaba corazones partidos de mujer a mujer. Era raro pensarlas pioneras de un movimiento libertario de minorías sexuales, a la Su y a la Lily, dos jóvenes puntudas que habían iniciado este peregrinar de macorinas, a partir del asesinato de Mónica Briones, la bella Mónica, como recordaba la Su entre cervezas y fotografías de mujeres y la voz incansable de Chabela Vargas que timbraba de boleros el testimonio horroroso de aquel asesinato.

La Mónica era una artista, sobreviviente del hipismo, el Parque Forestal y de tantos cafés utópicos que humeaba las tardes de la Unctad, en la lejana Unidad Popular. Y a pesar del golpe, del toque de queda y la milica represión, todavía le quedaban ganas para soñar noches en ese Santiago amordazado por el toque de queda. Aún le quedaba pasión, esa fecha del setenta y algo para brindar por la esperanza en el Bar Jaque Mate de la Plaza Italia. Y la Mónica hablaba tan fuerte, no tenía pelos en la lengua para manifestar su rabia frente al machismo, la repre, y todas las fobias que alambraban de púas su prohibido amor. La Mónica era así, voluptuosa, desenfrenada, cuando escuchó risas de machos en la otra mesa, burlas de macho al ver mujeres bebiendo en la noche solo para hombres. Y no se pudo contener, y algo les dijo, y los dos tipos se pararon desafiantes, y la Mónica desde su pequeña estatura no se quedó chica, y vino un puñetazo y otro, y a patadas la sacaron a la calle, a la vereda, donde

la siguieron golpeando, donde le partieron el cráneo y la sangre de la pequeña Mónica les manchó los puños, y ese color aumentó la brutalidad de la golpiza. Y ellos no se cansaban de golpearla, como en éxtasis le rebotaban su cabeza en el cemento. Y cuando se fueron caminando tranquilos por la oscuridad macabra de la dictadura, la Mónica quedó hecha un guiñapo estampado en el suelo. Y cuando llegó la policía, nadie había visto nada, nadie se atrevía a dar informaciones sobre los monstruos, seguramente CNI, que se desplazaban libremente en el Santiago de las botas.

Este horrible crimen sigue impune hasta el momento, y solamente sus amigas lesbianas lo reflotan políticamente como bandera de lucha. Así, la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén, por muchos años llevó el estandarte menstrual de Mónica Briones como punto de partida por la justicia por sus demandas. Especialmente la Su, y también la Lily, mis viejas amigas militantes, extraviadas hoy en el calendario de los acontecimientos. De aquel grupo, sólo quedó el nombre araucano tizado en la memoria de un muro. Sólo quedó el recuerdo valeroso de aquellas amazonas, que intentaron dignificar su mundo raro en la intolerancia de este país.” (155-156)

De perlas y cicatrices, “Las Amazonas de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén”, 155-156.

Cita 2

“Por ahí por la calle Lira, Carmen o Portugal, cerca del antaño glorioso barrio travesti de San Camilo, su silueta desguañangada descalabra la lógica peatonal del apurado medio día. Más bien, es un reflejo donde la mirada ciudadana se desconoce con rubor, en el desorden de su peregrina bufonada sexual. La loca del carrito conduce su bote de supermercado coleccionando mugres que Santiago desecha en su flamante modernidad. Por ahí agarra una muñeca manca y la arropa con ternura subiéndola a su barca rodante. Por acá se enamora de un trapo desflecado que lo rescata para cubrirse la cabeza. Y así, con el trapito anudado en su barbilla sin afeitar, como una abuela sureña o una extranjera Madre de la Plaza de Mayo, desaparece en el fragor del tráfico, dejando su alucinado delirio como una estampa irreal que se esfuma en traqueteo neura del centro.

Todos lo han visto, de alguna manera la ciudad se ha acostumbrado a ser testigo de su paso orillando el pleamar de su destino

menguante. Acaso traficando autónomo su caricatura libertaria que amalgama oposiciones de género, lucha de clases, estéticas bastardas del filosofar vivencial que muda los harapos de un neo Edipo en el arrastre del duelo materno en su parturiento trapear.” (145-146)

De perlas y cicatrices, “La loca del carrito” (o “el trazo casual de un peregrino frenesí”),
145-146.

Cita 3

“Y parecía que Margarito, vaporoso, despreciaba profundamente la prepotencia de sus compañeros, esa única forma bruta de comunicarse que practican los hombres. Por eso se aislaba de los grupos en la soledad mocosa de anidarse en un rincón lejos del patio. Margarito nunca reía en la bandada jilguera que animaba la mañana. Margarito no era feliz, como todos los niños a esa edad cuando el mundo es una pelota de barro azul. Margarito tenía los ojos grandes, siempre anegados a punto de llorar, al borde lagrimero de su penita por cualquier cosa, por el chiste más insignificante soltaba la muda catarata de su llanto. Margarito era así, un pajarillo sentimental que regaba la tierra seca de mi escuela pobre. Margarito era el hazmerreír de la clase, el juego preferido de los cabros grandes que le gritaban “Margarito maricón puso un huevo en un cajón”. No lo dejaban en paz con la letanía cruel de ese coro que no paraba hasta hacerlo llorar. Hasta que sus ojazos nerviosos se vidriaban con el amargo suero que hería sus mejillas.

Margarito era así, un pétalo fino y lluvioso en medio de la borrasca pioja del piñén estudiantil. A esa edad, cuando la niñez asume la perversión como un entretenido juego torturando al más débil, al más diferente del colegio, que escapaba al modelo masculino impuesto por padres y profesores. Y ese era el caso de Margarito, nombrado así, burlado así, por los pailones del curso que, groseros, imitaban su caminar de pichón amanerado, sus pasitos coligües cuando tenía que salir a la pizarra transpirando, como pisando huevos en su extraño desplazamiento de cigüeña cachorra rumbo a la patriarcal educación.

Han pasado los años, llorosos, terribles, malvados, y jamás se me borró ese cuadro, como tampoco la chispa agradecida que brilló en sus pupilas cuando, compartiendo las burlas, me acerqué para

ayudarlo a quitarse el vestido. Nunca más vi a Margarito desde ese final de curso, tampoco supe que pasó con él desde esa violenta infancia que compartimos los niños raros, como una preparatoria frente al mundo para asumir la adolescencia y luego la adultez en el caracoleante escupitajo de los días que vinieron coronados de crueldad. Es posible que su pasar de alondra empapada haya naufragado en esa travesía de la intolerancia, donde el trote brusco del más fuerte, estampó en sus suelas el celofán estropeado de un ala colibrí". (150-151)

De perlas y cicatrices, "La historia de Margarito", 150-152.

XII. PAÍS INSTANTÁNEO

Cita 1

"Como un merengue enrejado, Las Condes es la comuna que da el ejemplo de un vivir pirulo, económicamente relax, modelo de organización y virtud con sus jardincitos recortados y sus veredas limpias donde pasean el ocio los habitantes de este sector de Santiago, el vergel clasista dirigido por su alcalde que lleva el pandero en la organización feudal del condominio chileno.

Así, desde "el pueblito se llama Las Condes, que está junto a los cerros y lo baña un estero", la postal musical que hizo famosa Chito Faró, la canción turística que mostraba una capital de tonadas y gente sencilla, poco queda que comparar con la actual comuna de Las Condes. El emperifollado Barrio Alto, sembrado de torres y experimentos arquitectónicos, edificios cuadrados y piramidales, como maquetas de espejos para saciar la imagen narcisa y garantizada del Chile actual.

Entonces, este idilio de comuna, donde todo el mundo es feliz, recuerda un lindo país de cuentos, tal vez el reino de Oz donde el mago es su alcalde, un derechista de sonrisa eucarística que hizo la primera comunión en el Opus Dei." (169)

De perlas y cicatrices, "La comuna de Lavín" (o el pueblito se llamaba Las Condes), 169-170.

Cita 2

“Así había que demostrar el milagro económico chileno en las veinte mil piruetas del Libro Guinness, el despertar de un país que se levanta con orgullo de garrapata triunfal que dejó atrás el tercer mundo. Una fonda del extremo sur que renovó su escabeche tricolor por el pollo Roast Beaf y las hamburguesas sintéticas de los mal, pub, shopping, donde se remata el hambre consumista. Una hilacha de país que mira sobre el hombro a sus vecinos pobres. La Meca Dólar del Continente que habla de tú a tú con el Mercado Común Europeo. El ejemplo de prosperidad para los indios piojosos de Latinoamérica; aquellos peruanos, bolivianos, paraguayos que no conocen a la Claudia Shiffer, que nunca podrán competir en el libro Guinness como lo hace Chile demostrándole al mundo que aquí sobra la comida. Por eso se hizo el completo más largo que medía veinte kilómetros de tula alemana por la carretera. Casi de mar a cordillera, el Hot-Dog gigante dividió al país entre chucrut y ketchup. Y se necesitaron tantos huevos para la mayonesa, que se llevaron camionadas de gallinas a investigaciones donde las picanearon con electricidad para que pusieran más rápido. Y para qué hablar de la vienesa, esa tripa que salía y salía de una máquina como un intestino interminable. Después se vendió por metros esa porquería hecha a la rápida, y la cagada diarrea fue tan grande, que Chile se hubiera ganado otra medalla en el libro Guinness, pero por desgracia no tenía esa churretada especialidad. (171)

[...]

Para justificar los aires fanfarrones de estas competencias, se dice que la venta del producto va en ayuda de la Teletón, algún hogar de huérfanos, algún asilo de ancianos, que reciben las cuatro chauchas de esta limosna publicitaria. Todo se ha vendido, trozado, repartido y consumido por el apetito grosero que proclama su eructo populista de amor a la patria. Más bien casi todo, menos el colosal chaleco que tejieron las mujeres de la Ligua, como irónico aporte a los excesos del fanfarroneo económico. Un chaleco imposible de llenar con el cuerpo desnutrido del flaco Chile. Un chaleco tan enormemente inútil como vacío, quedó colgado en la torre de la iglesia como un estandarte de lana que se burla de nuestra entumida nacionalidad.” (172)

De perlas y cicatrices, “Un país de records” (o “el mojón más largo del mundo”), 171-173.

Cita 3

“Como si de un paraguazo nos hubieran borrado el recuerdo, andamos por ahí, deambulando en un paisaje extraño, tratando de recuperar la ciudad perdida donde crecimos. La ciudad amada y odiada en sus rasmillones de clase. La ciudad puta y santa, desguañangada en sus tiritones de arrabal huachuchero. La ciudad conflicto y cementada contradicción que nos enseñó el duro oficio de creernos habitantes de sus calles reseca de smog y cansancio.(182)

[...]

Tal vez este travestismo urbanero que desecha la ciudad ajada como desperdicio, pretende pavimentar la memoria con plástico y acrílico para sumirnos en una ciudad sin pasado, eternamente joven y siempre al instante. Una ciudad donde sus peatones se sienten caminando en Marte, perdidos en el laberinto de espejos y metales que levanta triunfal el encatrado económico. Aunque a veces, en la orfandad de esos paseos por Santiago actual, nos cruza fugaz un olor, un aire cercano, un confitado dulzor. Y nos quedamos allí, quietos sin respirar, como drogados tratando de no dejar escapar ese momento, reteniendo a la fuerza la sensación de un espacio conocido. Tal vez, los restos de un muro, el marco de una puerta tambaleándose a punto de caer. Quizás, el sabor del aire que tenía una cuadra donde quisimos quedarnos para siempre agarrados al árbol en que escuchamos por primera vez un te quiero. Donde, otra vez, nos quedamos esperando a ese compañero que nunca llegó a la cita, o al contacto para sacarlo del país, esos años de gasa negra. Nos quedamos por un momento en silencio, atrapados en la fragilidad cristalina del instante. Como sumergidos bajo una campana de vidrio, raptados por otra ciudad. Una ciudad lejana, perdida para siempre, cuando al pasar ese minuto, el estruendo del tráfico la desbarata, como un castillos de naipes al cambiar un semáforo.” (183)

De perlas y cicatrices, “La ciudad con terno nuevo” (o “un extraño en el paraíso”).

Cita 4

“Con esa música de clínica privada y esos azulejos de carnicería que empapelan los túneles, el Metro santiaguino es la evidencia disciplinada que nos dejó la dictadura. Un Metro tan limpio, tan bri-

llante como cocina de ricos. Ta pulcro como si nunca se usara, como esos juguetes caros que las mamás no dejan que los niños rayen o ensucien. Un Metro que a tanto años de construido, se ve como nuevo en su azul celeste y radiante rapidez. (187)

[...]

El Metro de Santiago no se parece a otros trenes urbanos de Latinoamérica. Su travesía de intestino subterráneo es mucho más impersonal, mucho más fría la relación que nunca se establece entre los pasajeros sentados uno frente a otro evitando mirar al de enfrente, tratando de hacerse el orgulloso con la vista fija en la ventana tapiada por la oscuridad del túnel. Como si la paranoia ambiental evitara el cruce de miradas, bajara la vista al periódico, al libro latero que se finge leer solamente para no contaminarse con otros ojos, igual de esquivos, igual de temerosos por la camisa de fuerza donde todo gesto está controlado por la mirada sospechosa de los guardias, por el ojo invisible que mantiene el orden en esa voz de aluminio repitiendo por los parlantes “Se ruega no sentarse en el piso”. Pero los estudiantes no están ni ahí con esa orden, y se instalan a pata suelta en el suelo, alterando la compostura acartonada del Metro en su pendeja transgresión.” (188)

De perlas y cicatrices, “El Metro de Santiago” (o “esa azul radiante rapidez”), 187-188.

Cita 5

“En La Florida usted es feliz, dice la propaganda, tomando sol en su metro cuadrado de césped, y mojándose el potito en su piscinita no más grande que un lavaplatos. En La Florida usted es feliz, le recita el corredor de propiedades, sumándose a la ópera mercantil de estos barrios instantáneos, sin historia, sin pasado que pueda arrastrar un trauma futuro. En La Florida usted puede sentirse en Chinatown porque hacen nata los restaurantes chinos y también abunda la comida chatarra como en Miami. ¿Se da cuenta? En La Florida no hay depresión, porque el oleaje de ofertas es la terapia comunal que compite con cualquier liquidación de temporada. En La Florida usted puede estar contento, si amontona sus ilusiones de rico en esta comuna Liliput, donde los deseos de prosperidad ordenan su vida familiar de acuerdo al prospecto inmobiliario que le promete felicidad en colores. A cambio, usted tiene que jibarizar su arribismo de

magnate caluga y creerse afortunado de vivir en un Edén irisado de neones y carteles que transforman el paisaje en un juego de Metrópolis.” (190)

De perlas y cicatrices, “Los albores de La Florida” (o “sentirse rico, aunque sea en miniatura”), 189-190.

XIII. CIUDAD ABAJO

Cita 1

“Así las plumas nevadas sólo decoran la falda cordillerana donde anida la burguesía. Rara vez se extiende ese algodón clasista al resto de Santiago. Y cuando ocurre, cuando el aliento infantil humea bajo cero en la pobla lluviosa. Cuando esos enanos boquiabiertos contemplan el milagro de las pelusas que deshilachan el cielo. Cuando salen a la calle para ver en directo el espectáculo de las nubes pelechando. No hay quien los detenga corriendo, jugando, comiendo esos hilos helados que van cubriendo la miseria con su carpa de gasa. (194)

[...]

Entonces el festejo nevado varía de acuerdo a la latitud territorial donde se reparte. Como también a las posibilidades habitacionales y calefactoras para recibirlo. Lo que en una parte de la ciudad es un maná estético y gratitud deportiva, en otra se transforma en drama y destrucción. El mismo aletazo helado que arranca de cuajo el techo de algunos, para otros es un cubo de hielo que cruje en el whisky entibiado por la chimenea. El mismo sobresalto de las goteras, en La Parva es un bostezo felino que mira con cristales ahumados caer los copos tras la ventana. Los ve caer como si fueran monedas de reserva en un país que triunfa en su economía. Por suerte la TV está apagada, porque allá abajo la ciudad se rebalsa de inundaciones y damnificados que deprimen la afelpada tibieza de su letargo invernal.”(195)

De perlas y cicatrices, “Nevada de plumas sobre un tigre en invierno”, 193-195.

Cita 2

“En estos meses nadie puede escapar a la vorágine veraniega que publicita sus modas y estilos de ocio. La piel pálida es sinónimo

de pobreza, sida o derrotismo. A nadie le falta un rayito de sol para tostar las carencias con el bronce triunfal que impone el look leopardo. Hasta los más pobres, encaramados en las latas rascas de sus micros, tendrán su día de playa en la arena oscura de algún balneario que los acepte. Allí despliegan sus toldos de frazadas al viento deshilachado de las toallas, esparciendo los huesos de pollo y cáscaras de sandías, alborotados por las escasas horas que disponen para mojarse el poto, quemarse como jaibas y regresar ampollados a la campaña afiebrada de Santiago. En fin, el verano leopardo no brilla para todos con el mismo oro solar, igual su efervescencia taquillera atraviesa los status y pinta de color hasta las causas perdidas.” (197-198)

De perlas y cicatrices, “La bruma del verano leopardo”, 196-198.

Cita 3

“Tal vez, la delicada ternura que ponen las mujeres pobladoras en sus tejidos a mano entibia como una caricia los tiritones húmedos que acechan a los niños al llegar el frío. Y quizás, no es sólo eso, también es una excusa para intercambiar informaciones sobre sus vidas, de juntarse a compartir puntos y tejidos del un, dos, tres al derecho y un, dos, tres, al revés. Con doble hebra para mi marido que llega tarde todas las noches, vecina. Con calados en el pecho para mi hija de dieciocho, que llega con plata cuando va tanto al centro y nadie sabe para qué, doña Juana. Con cuello de tortuga para mi hijo menor, que lo han echado de todos los colegios y ya no sé qué hacer señora Kika.” (200)

De perlas y cicatrices, “Presagio dorado para un Santiago otoñal”, 199-201

Cita 4

“Como una gran calavera estancada en la zona sur de Santiago, la obra gruesa del Hospital del Trabajador ahí quedó sin terminar, sin ver realizado el macro proyecto de salud que Salvador Allende soñó para este sector de la capital. Un aluvión de palomas tísicas alborota el silencio de sus espacios desnudos, de sus altos pabellones quirúrgicos, diseñados para las multitudes proletarias que llenarían las bóvedas vacías de esta mole de nueve pisos que, por muchos

años, vio pasar la historia de la comuna desde su altura, como un faro de la decepción.(210)

[...]

La bofetada golpista pilló al Hospital del Trabajador en paños menores, los militares se tomaron sus dependencias y jugaban al tiro al blanco desde sus pisos altos. Por varios años, historias de detenidos y fusilados navegaron por los ecos nocturnos de metracas y balazos en sus enormes naves vacías. Y después, cuando ellos se fueron, el saqueo poblacional dejó la cáscara descarnada de esa ilusión en la penumbra del eriazó. Muchas casas de los alrededores amononaron sus baños y cocinas con las baldosas arrancadas del hospital. Los ascensores sirvieron de baños, los bisturíes para pelar papas, y las camillas con ruedas un novedoso juego para los cabros chicos. (211)

[...]

Y ahí está todavía, a la ribera de la panamericana sur se asoman sus torreones lineales, que ya no son lo más alto de la comuna³. En el horizonte destemplado de San Miguel, la medicina privada enarbola sus centros de salud que aparecen de un día para otro como callampas de plástico, como sofisticados laboratorios para el cuerpo social de los obreros, que con vergüenza juntan las chauchas para endeudarse con sus finos beneficios. Desde la azotea cagada de palomas del hospital, estos pájaros roñosos miran indiferentes los letreros de: Consalud, Vida Nueva, Prosalud, Colmena Golden, Cruz Verde, Cruz Blanca, Cirugía Light, Maternidad Jaguaris, etc. Los miran con sus ojos legañosos paradas en sus patas artríticas, los miran de reojo rascándose sus alas rotas y plumas enfermas, los miran sin verlos, como si se burlaran de estos luminosos que decoran la ciudad con las piruetas de esta nueva arquitectura sanitaria." (212)

De perlas y cicatrices, "El Hospital del Trabajador" (o "el sueño quebrado del doctor Allende"),
210-212.

NOTAS

1. Persigo con estas palabras introductorias la crónica "A modo de preludeo", nombrada también "A modo de sinopsis". Lo hago porque en ella se condensa, pienso, toda la labor de Pedro como escritor, su intención, su estilo, su posicionamiento, su manera de enfrentar la labor creadora como estrategia, en definitiva toda su escritura. Funciona, así como su arte poética. Ver: *Poco hombre*, p.279-280.

2. Claudia Victoria Poblete Hlaczik fue hallada el año 2000, gracias a la incansable labor de la Asociación de las Abuelas de la Plaza de Mayo. A continuación la cita del artículo periodístico que relata la información: “El juez Cavallo comenzó a investigar el caso Poblete hace algo más de un año, a partir de una denuncia hecha por la representante de la Asociación de Abuelas de Plaza de Mayo, Alcira Ríos. La abogada informó que el militar retirado Landa y su esposa –quien por razones de salud no podía tener hijos–, tenían en su poder a una joven anotada fraudulentamente como su hija, que podía ser Claudia Victoria Poblete. También consignó que el médico militar Julio César Cáceres Monié –ya fallecido– aparecía firmando el falso certificado de nacimiento. La pesquisa estableció que la niña, además, había sido anotada seis meses después del día en que supuestamente había nacido. En la denuncia, las Abuelas señalaron que Landa estaba sindicado como comandante de operativos militares durante la última dictadura militar”. Ver: <http://www.pagina12.com.ar/2000/00-02/00-02-27/pag19.htm>

3. Recién el año pasado, 2014, se inició una remodelación de una parte este edificio abandonado, en sus primeros pisos se levantarán, al parecer, oficinas comerciales.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

LEMEBEL, Pedro, *La esquina es mi corazón*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1995.

LEMEBEL, Pedro, *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago de Chile: Editorial LOM, 1996.

LEMEBEL, Pedro, *De Perlas y cicatrices*. Santiago de Chile: Editorial LOM, 1998.

LEMEBEL, Pedro, *Poco hombre*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.